

cruz en la pared, y seguro de tener al pez en la red, creyó que ya sólo faltaba recogerla y tender la mano para cobrar los cien mil francos.

### XXX

DONDE SE VE QUE EL GENERAL CONTINÚA SIENDO EL MISMO

Courtin estaba muy conmovido: al desaparecer por la puerta el último de los tres personajes á quienes seguía desde Coucron, había tenido como en el páramo cuando regresaba de Aigrefeuille una visión que le parecía la más hermosa de todas. Había visto relucir á sus deslumbrados ojos una pirámide de monedas amarillas y blancas que despedían brillantes y embelesadores reflejos, con la diferencia empero de que la pirámide era mucho más alta que la antes divisada, pues cumple confesar que al ver su presa en la red, lo primero, lo único que pensó Courtin fué que sería un gran majadero si hacía partícipe de tan buena recompensa al hombre de Aigrefeuille, y un torpe insigne si no despreciaba su cooperación. Por lo tanto, resolvió no avisarle, como así estaba convenido, é ir inmediatamente á dar parte á las autoridades del descubrimiento que acababa de hacer.

Con todo, seamos justos: en medio de su grande alegría y satisfacción pensó Courtin en su joven amo, á quien sus interesadas miras iban á costar la libertad y acaso la vida; á bien que ahogó incontinentemente este intempestivo remordimiento, y para que su conciencia no levantara otro grito apretó á correr con dirección á la prefectura.

A pocos pasos, y al doblar la esquina de la calle del Mercado, topó con él un hombre que corría en dirección opuesta y derribóle contra la pared. Courtin exhaló un grito, nó de

dolor, sinó de sorpresa, pues en aquel sugeto había conocido al barón de la Logerie, á quien creía haber dejado tras la puerta que señaló con una cruz.

Era tal su pasmo, que Michel de seguro lo hubiera advertido á no estar tan sumamente preocupado; mas en aquel momento, alegrándose el barón de ver al que tomaba por amigo y creer por consiguiente que le llegaba un auxilio, hablóle en estos términos:

—Díme, Courtin, ¿has seguido la calle del Mercado?—Sí, señor barón.—Pues habrás visto á un hombre que huía.—Nó, señor barón.—Sí, Courtin, sí; es imposible que nó le hayas visto; un hombre que al parecer estaba espiando.

Courtin se puso como la grana, y serenándose luego, dijo decidido á no perder aquella inesperada probabilidad de alejar de sí toda sospecha:

—Sí, sí, es verdad: delante de mí iba un hombre que se ha detenido en frente de aquella puerta verde que de aquí veis.—¡Eso es! exclamó el mozo poseído de la idea de descubrir á quien les había espiado; Courtin, es absolutamente necesario encontrar á ese hombre, y necesito que me pruebes tu fidelidad y adhesión. ¿Por donde ha tomado?—Creo que por aquella calle, dijo el colono indicando con la mano la primera calle que vió.—Sígueme.

Michel echó á andar á paso largo en la dirección que Courtin le indicara, y éste siguiéndole se puso á reflexionar.

Por un momento tuvo el colono la idea de dejar que el señorito corriera á su placer é irse á donde se había propuesto; pero luego se alegró de no haber seguido esta primera inspiración.

Era evidente para Courtin que la casa tenía dos puertas, y pues Michel había notado que espiaban sus pasos, estaba seguro de que se habían servido de ellas para desorientar al espía, y que Petit-Pierre había salido como Michel de la casa de la calle del Mercado, en cuya esquina topó con el baroncito.

Courtin encontraba á Michel, á Michel que probablemente ya sabía el retiro de su amada, y con el barón, el alcalde de la Logerie estaba cierto de conseguir el fin que se proponía. Atropellando las cosas, podía malograrlas, y por tanto resignóse á perder el lucro de tan buena redada y á tener un poco de paciencia.

Apretó pues el paso, y alcanzando al mancebo díjole:

—Señor barón, os encargo la prudencia: ya es de día, las calles van llenándose de gente, llamáis la atención de todos con vuestro vestido salpicado de lodo y humedecido por el rocío, y si os vieran los agentes de la autoridad, podrían concebir sospechas y prenderos. ¿Qué diría entonces vuestra señora madre, que ha querido que yo la acompañe hasta aquí para darme sus últimas instrucciones?—¿Mi madre? A estas horas me créa embarcado para Inglaterra.—¡Ah! ¿debíais partir? preguntó Courtin con el aire más inocente del mundo.—Sí. ¿No te lo había dicho ella?—No, señor, respondió el labriego fingiendo amarga y honda tristeza, nó: ya veo que á pesar de todo lo que por vos he hecho, la baronesa desconfía de mí, y esto me parte el alma.—¡Vaya! ¡vaya! no te aflijas, buen hombre; es que bien mirado, se advierte en tí una mudanza tan brusca y repentina que apenas se explica, y cuando pienso que una noche cortaste las cinchas de mi caballo, extraño á fe que te hayas vuelto tan bueno, tan atento y leal.—¡Toma! señor, eso se concibe: entonces yo defendía mis opiniones políticas; hoy que han triunfado, hoy que ya no me cabe duda de que no cambiará el gobierno, sólo veo en las Lobas y los chuanes á los amigos de mi amo, y siento que me paguen tan mal.—¡Ea! no te apesadumbres, buen Courtin, respondió Michel; huélgome de que abrigues ya ideas más generosas, y voy á probártelo confiándote un secreto que tenías presentido. Courtin, es probable que la baronesa de la Logerie no sea la que hasta ahora has creído.—¿No os casáis ya con la señorita de Souday?—Sí; pero tal vez mi esposa se llame Mary.—¡Oh! ¡cuánto por vos me alegrara! pues ya sabéis que he hecho cuanto he podido para que así fuese, y si no he hecho más es porque no habéis querido. Pero ¡calle! ¿habríais visto á la señorita Mary?—Sí; la he visto, y los pocos momentos que con ella he estado creo que habrán sido suficientes para asegurar mi dicha, dijo Michel en el colmo de la alegría. ¿Tienes que regresar hoy mismo á la Logerie?—Crea el señor barón que estoy á sus órdenes.—Bien; pues también la verás, Courtin, porque esta noche debo ir á verla.—¿Dónde?—Donde me has encontrado.—Mejor, dijo el colono, en cuyo rostro brilló una satisfacción igual á la de su amo; mejor: me alegraré infinito de veros casado á vuestro gusto, pues ya que vuestra madre consiente, vale más que sea con la que amáis. Ahora veis si eran acertados mis consejos.

Y restregóse el labriego las manos cual si no cupiera en sí de gozo.

—¿Dónde te veré esta noche, amigo Courtin? preguntó Michel gratamente conmovido por los simpáticos ademanes del colono.—Donde gustéis.—¿No has parado en el mesón del *Alba* como yo?—Sí, señor barón.—Pues bien, allá pasaremos el día, y por la noche me esperarás mientras vaya á ver á Mary, pues luego saldremos juntos.—Es que yo, respondió Courtin bastante confuso, he de hacer varias diligencias en la ciudad.—Yo te acompañaré, y eso me ayudará á matar el tiempo, que me parecerá largo de aquí á la noche.—¡No hagáis tal! Mi cargo de alcalde me obliga á presentarme en las oficinas de la prefectura, y no podéis ir conmigo; nó, volveos á la posada y descansad, que esta noche á las diez nos pondremos en camino, vos muy alegre probablemente, y yo contento también por ello.

Courtin quería deshacerse por el momento de Michel. La idea de que la recompensa prometida á quien entregara á Petit-Pierre podría ganarla él solo, andábase de continuo por las mientes, y Courtin estaba decidido á no marcharse de Nantes sin saber á qué atenerse acerca de la suma ofrecida y de los medios de no compartirla con nadie.

Comprendiendo Michel el peso de las razones que el colono le daba, y mirando además el estado de su traje, resolvió despedirse de él para volver á la posada.

Courtin se encaminó en seguida á casa del general, dijo su nombre al ordenanza, y á poco le introdujeron á presencia de la persona á quien deseaba ver.

El general estaba muy descontento del giro que tomaban las cosas: había enviado á París unos planes de pacificación sugeridos por los que tan buenos resultados dieron al general Hoche, y habían sido desaprobados; veía que en todas partes la autoridad civil usurpaba las facultades que el estado de sitio concedía á los militares, y herida la susceptibilidad del veterano á par de sus sentimientos patrióticos, estaba altamente disgustado.

—¿Qué quieres? dijo á Courtin mirándole de alto abajo.

El labriego hizo la mayor reverencia que pudo, y respondió:

—Mi general, ¿os acordáis de la velada de Montaignu?—¡Pardiez, como si fuera ayer, y sobre todo de la noche inmediata! Poco faltó para que mi expedición tuviese feliz éxito,

y á no ser por un pícaro guarda que sobornó á uno de mis cazadores, yo hubiera sofocado la insurrección en sus principios. A propósito, ¿cómo se llamaba aquel hombre?—Juan Oullier.—¿Qué ha sido de él?

Courtin no pudo menos de inmutarse y dijo:

—Ha muerto.—Es lo mejor que podía hacer; y sin embargo, es lástima porque era un valiente.—Si os acordáis de quien hizo abortar la expedición, ¿por qué habéis olvidado, mi general, á quien os dió informes?

El general miró al colono.

—Porque Juan Oullier era soldado, era camarada, y en esos siempre pensamos; mientras que á los otros, los espías y traidores, les olvidamos luego que podemos.—Bien, dijo Courtin; en ese caso, mi general, permitid que os ayude á hacer memoria, y os diga que soy aquel hombre que os descubrió el albergue de Petit-Pierre.—¡Ah! sí.... Y hoy ¿qué quieres? Habla y sé breve.—Quiero prestaros exactamente el mismo servicio que entonces.—¡Ah! bien; pero los tiempos han cambiado mucho, amigo; ya no estamos en las honradas del país de Retz, donde se observa un piecicito, un cutis blanco y una voz suave, atendida la escasez de todas esas cosas. Aquí todas las mujeres parecen más ó menos grandes señoras, y hace un mes que más de veinte bribones de tu jaez han venido á vendernos la piel del oso. Nuestros soldados están cansadísimos, hemos registrado cinco ó seis barrios, y el oso todavía no ha parecido.—General, tengo derecho á que déis crédito á mis noticias, ya que una vez probé que las doy ciertas.—A la verdad, dijo el general á media voz, sería chistoso que yo solo hallase lo que ese personaje de París no ha conseguido descubrir con toda su cáfila de soplonos, espías y agentes de policía. ¿Estás seguro de lo que dices?—Estoy seguro de que mañana á estas horas sabré lo que deseáis saber, la calle y el número.—Pues ven á verme.—Es que yo quisiera, general...

Courtin se detuvo.

—¿Qué preguntó el anciano.—Hay de por medio una recompensa, y desearía...—¡Ah! sí, dijo el veterano apartándose y mirando al colono con desprecio; habíame olvidado de que, aunque funcionario público, eres de los que miran mucho por sus intereses privados.—¡Caramba! vos lo habéis dicho, general: á nosotros luego se nos olvida.—Y el dinero que os dan lo consideraréis como la gratitud pública;

á la verdad, es lógico; con que tú no das, tú vendes, traficas, eres negociante en carne humana, digno colono, y siendo hoy día de mercado, has venido al mercado como los otros y con los otros.—Soy todo eso. ¿Qué le hemos de hacer, general? los negocios son los negocios, y no me avergüenzo de cuidar de los míos.—Mejor; pero ya no debes dirigirte á mí: ha venido de París una persona á propósito para arreglar ese asunto, y con ella habrás de entenderte cuando tengas tu presa.—Así lo haré, mi general; mas ya que una vez os dí tan buenos informes, ¿no tendríais la bondad de recompensarme?—Buen hombre, si crees que te debo alguna cosa, estoy pronto á satisfacerte. Habla.—Y os será facilísimo, pues no pido mucho. Decidme la suma destinada á quien ponga á Petit-Pierre en vuestras manos.—Unos cincuenta mil francos, según creo; yo no me he cuidado de eso.—¡Cincuenta mil francos! exclamó Courtin dando un paso atrás cual si le hubiesen herido en el corazón; cincuenta mil francos son muy poca cosa.—Tienes razón, no vale la pena de ser infame por tan poco; mas eso dílo á quien corresponde. Ahora estamos pagados ¿no es cierto? Pues quitate de mi presencia; anda con Dios.

El general continuó el trabajo que había interrumpido para recibir á Courtin, sin prestar la menor atención á las reverencias que al salir le hacía el alcalde de la Logerie, quien se iba la mitad menos satisfecho de lo que había venido.

Persuadido estaba el colono de que el general sabía la suma destinada al precio de la traición, y no conciliando lo que acababa de oír con lo que le había dicho el sugeto de Aigrefeuille, y figurándose además que este sugeto era el mismo hombre que el gobierno había enviado de París, renunció completamente á la idea de obrar sin él, y propúsose enterarle cuanto antes de lo que había pensado.

Hasta entonces ese hombre se había presentado siempre á Courtin sin que éste le llamara; pero el colono había recibido sus señas por si se le ofrecía escribirle para comunicarle alguna cosa de importancia.

Courtin no escribió, sino que fué en persona, y con algún trabajo halló una tienda en el barrio más bajo de la ciudad, y en el fondo de un callejón húmedo, lleno de barro, poblado de casas sucias, y guarnecido de baratillos; en cuya tienda, habiendo preguntado por el señor Jacinto según se lo tenían

prevenido, hiciéronle subir una escala y le introdujeron en una pieza más aseada de lo que prometía la apariencia exterior de aquel chiribitil.

Allí encontró Courtin al hombre de Aigrefeuille, quien le recibió mejor que el general, y con quien tuvo una larga conferencia.

## XXXI

### NUEVO CHASCO DE COURTIN

Si largo debía parecer el día á Michel, no se lo pareció menos á Courtin, quien en su fastidio llegó á creer que nunca vendría la noche, y aunque tuvo gran cuidado en no ir á la calle del Mercado ni á ninguna de las adyacentes, no pudo prescindir de buscar distracción en las cercanías,

Llegada la noche, no olvidando el colono la cita de Michel y Mary, regresó al mesón del *Alba*, donde encontró al barón que impaciente le esperaba.

En viendo el mozo al labriego, le dijo:

—Me alegro infinito de verte, Courtin; he descubierto al hombre que nos siguió anoche.—¿Qué decís? preguntó el colono retrocediendo á pesar suyo.—Te digo que le he descubierto, repitió Michel.—¿Quién es?—Un sugeto de quien creí que podía fiarme, y de quien tambien te hubieras fiado tú en mi lugar: José Picaut.—¿José Picaut? repitió Courtin fingiendo suma extrañeza.—Sí.—¿Y dónde le habéis encontrado?—En esta posada, donde sirve de mozo.—¡Buena! ¿Y por qué os ha seguido? ¿Habráis cometido la imprudencia de confiarle vuestro secreto? ¡Ah joven! ¡cuán cierto es que la juventud y la imprudencia se dan la mano! A un ex-presidario...—Justamente por eso. ¿Sabes por qué fué á presidio?—¡Toma! por robo á mano armada en el camino real.—En fin, yo le había hecho un encargo.—Si yo os pregun-

tara cuál, dijo Courtin, creeríais que soy curioso, y sin embargo sólo hablo por interés.—¡Oh! ninguna razón tengo para ocultarte el encargo que hice á Picaut: encomendéle que fuese á decir al capitán del *Joven Carlos* que á las tres de la madrugada me tendría á bordo; y nadie ha vuelto á ver al hombre ni al caballo, de modo que si es José Picaut quien nos siguió, estará de acecho en los alrededores.—¿Para qué? preguntó Courtin; si hubiese querido entregaros, nada más fácil que enviar aquí á los gendarmes.

Michel movió la cabeza.

—¿Cómo que nó?—No se trata de mí, Courtin, ni por mí nos espió ayer.—¿Por qué?—Porque no han puesto á mi cabeza tan alto precio que pague una traición, Courtin.—Pues ¿á quién espiaba? preguntó el labriego apelando á toda la candidez que podía prestar á su acento y su rostro.—A un jefe vendeano que yo desearía salvar conmigo, respondió Michel notando que se propasaba en la conversación, pero congratulándose de enterar á medias de su secreto al colono para servirse de él en un momento dado.—¡Ah! ¿acaso ha descubierto el refugio de ese jefe vendeano? Sería una desgracia, señor Michel.—Nó; hasta ahora sólo ha vencido la primera dificultad, y es una dicha para nosotros; pero me temo que si vuelve á espiarnos sea más afortunado que la primera vez.—¿Y por qué habría de espiaros?—¡Toma! si esta noche nos siguiera, vería que tengo una cita con Mary.—¡Cáspita! tenéis razón.—Así es que estoy inquieto.—Haced una cosa: llevadme con vos esta noche, y si veo que alguien os sigue, un silbido os prevendrá que emprendáis la fuga.—¿Y tú?

Echóse á reír Courtin y respondió:

—¡Oh! yo nada arriesgo: sabidas son mis opiniones, á Dios gracias, y á fuer de alcalde no he de temer que mis amigos y conocidos sean gente sospechosa y comprometida.—Los duelos con pan son menos, dijo riendo á su vez Michel; mas dime: ¿qué hora es?—El reloj de Bouffay está dando las nueve.—Vente pues, Courtin.—¿Con vos?—Sí.

Tomaron ambos el sombrero, salieron y en breve llegaron á la esquina donde Michel había encontrado al colono.

Tenía Courtin á la derecha la calle del Mercado, y á la izquierda la callejuela á que daba salida la puerta por él señalada con una cruz.

—Quédate aquí, Courtin, dijo el barón, mientras yo per-

manezco al otro extremo de esta callejuela; no sé todavía por qué lado vendrá Mary: si viene por el tuyo, encáminala á mí; si por el mío, acércate á fin de auxiliarnos si es menester.—Perded cuidado, dijo Courtin.

Y situóse en su puesto.

El colono estaba que no cabía en sí de gozo al ver que su plan salía tan bien, pues de uno ú otro modo iba á ponerse en contacto con Mary, á quien seguiría cuando dejara á Michel, creía firmemente que, no abrigando la doncella ninguna sospecha de que la siguiesen, descubriría el retiro de la princesa al reunirse con ella.

En esto dieron las nueve y media, y en seguida, oyendo Courtin ligeras pisadas, adelantóse á reconocer quién venía, y vió á Mary en una moza aldeana con manta y con un lío en la mano envuelto en un pañuelo.

Viendo la joven á un hombre que al parecer guardaba la calle, detúvose vacilando; mas llegándose á ella Courtin se dió á conocer.

—Bien, bien, señorita Mary, dijo en respuesta á las alegres demostraciones de la doncella; ya sé que no me buscáis á mí, sino al señor barón, ¿no es cierto? Allí os está esperando.

Y señaló con el dedo el otro extremo de la callejuela.

Agradecióselo la joven con un ademán y avivó el paso en la dirección indicada.

En cuanto á Courtin, creyendo que la plática sería larga, sentóse filosóficamente en un guardarruedas, desde el cual podía ver á los dos jóvenes mientras pensaba en su futura fortuna que en tan buen camino suponía.

En efecto, con Mary tenía un cabo del hilo del laberinto, y confiaba que este hilo ya no se rompería.

Mas no pudo mecerse mucho tiempo en las doradas nubes de su imaginación, porque habiéndose dicho los mozos algunas palabras, se acercaron á donde estaba. El baroncito daba alborozado el brazo á su novia y tenía en la mano el lío que antes llevaba Mary.

Michel le hizo una seña con la cabeza.

—¡Oh! dijo entre sí el colono, muy fácil se presenta la cosa, y á la verdad no tendría mérito.

Mas como esa prisa le venía de perlas, no se hizo de rogar para obedecer la seña del barón, y siguió á los dos amantes á muy corta distancia.

Luego empero se apoderó cierta inquietud del digno colono.

En vez de subir á lo alto de la ciudad, donde Courtin conocía instintivamente que debía estar el nido, los dos jóvenes bajaban al río.

El colono seguía todos sus movimientos con gran desazón, cuando de pronto supuso que Mary tenía que hacer alguna diligencia por aquella parte, y que Michel la acompañaba; mas al ver que llegados al muelle los dos jóvenes se dirigían al mesón del *Alba* y luego penetraban por su puerta cochera, en su viva inquietud no pudo contenerse, y alcanzó corriendo al baroncito.

—¿Qué hay? preguntó.—Courtin amigo, respondió el mancebo, soy el hombre más dichoso del mundo.—¿Sí?—¡Pronto! ¡pronto! ayúdame á ensillar dos caballos.—¿Dos caballos? ¿Y la señorita no vuelve allá?—Nó, Courtin, me la llevo.—¿A dónde?—A la Boulevvre, donde veremos de arreglarnos para huir todos juntos.—Y la señorita Mary abandona de ese modo...

Courtin no quiso decir más, comprendiendo que se propasaba; y como Michel estaba muy contento para mostrarse desconfiado, respondió:

—La señorita Mary no abandona á nadie, Courtin; Berta irá en su lugar, pues ya comprendes que no seré yo quien diga á Berta que no la amo.—Pues ¿quién se lo dirá?—Uno ú otro, Courtin, no te dé cuidado. ¡Pronto! ¡pronto! ensillemos dos caballos.—¡Ah! ¿caballos tenéis?—No son míos; pero ya se sabe que los que viajan por las necesidades de la causa, como nosotros, tienen caballos á su disposición.

Y Michel llevó á Courtin á la cuadra donde sus caballos estaban comiendo avena, como si efectivamente los hubiesen preparado para los dos mozos.

El barón ensillaba ya uno cuando bajó el posadero acompañado de Mary.

—Vengo del sud y voy á Rosny, díjole Michel en tanto que Courtin ensillaba lentamente el otro caballo.—Está bien, respondió el mesonero haciendo con la cabeza una señal de asentimiento.

Y ayudó á Courtin.

—Pero, señor, dijo éste haciendo otro esfuerzo, ¿por qué hemos de ir á la Boulevvre y nó á la Logerie? Paréceme que en la Logerie no os ha ido tan mal.

Michel interrogó á Mary con la vista.

—¡Oh! nó, nó, dijo ésta, no vayamos á la Logerie. Considerad, amigo, que Berta volverá pronto allá para saber de vos, para averiguar porqué el buque se ha dado á la vela sin ellos, y no quiero verla antes de que la persona que sabéis la haya hablado. Parece que me moriría de vergüenza y de dolor al encontrarme delante de ella.

Al nombre de Berta, por segunda vez pronunciado, irguió Courtin la cabeza como un caballo al oír el clarín.

—Sí, la señorita tiene razón, dijo, no vayáis á la Logerie. —Hay un inconveniente, Mary, dijo Michel. —¿Cuál? preguntó la joven. —¿Quién entregará á vuestra hermana la carta en que se la encarga que venga á Nantes? —No será difícil hallar un mensajero, dijo el colono, y si no hay otro obstáculo que ese, señor Michel, yo me encargo de llevar la carta.

El barón titubeaba, pues lo propio que Mary temía presenciar los primeros arrebatos de Berta, y consultó con los ojos á la doncella, quien respondió con un ademán afirmativo.

—Vamos á la Boulevre, dijo Michel entregando la carta al colono. Si algo tienes que decirnos, Courtin, allá nos encontrarás. —¡Pobre Berta! ¡pobre Berta! exclamó Mary montando á caballo; nunca me consolaré de mi dicha.

Michel también acababa de montar, y después de encomendar otra vez la carta á Courtin, saludaron ambos jóvenes con la mano al posadero, saliendo del mesón del *Alba*.

A la extremidad del puente de Rousseau por poco derriban á un hombre que á pesar del calor de la estación estaba embocado en una manta.

Esa sombría aparición asustó á Michel, que apretó el paso del caballo diciendo á Mary que le imitara.

A unos cien pasos el barón volvió el rostro, y á pesar de la oscuridad vió que el hombre se había detenido y les estaba mirando.

—Nos espía, nos espía, dijo Michel adivinando por instinto que acababa de salvar un peligro.

Perdióles el hombre de vista y prosiguió camino de Nantes.

Paróse á la puerta del mesón, y buscando á alguien con los ojos, vió á un sugeto que en la cuadra y á la luz del farol leía una carta.

Acercóse, y al rumor de sus pasos volvió el leyente la cabeza.

—¡Vos por aquí! exclamó Courtin. A fe que si llegáis un momento antes me hubierais encontrado en compañía que no os habría gustado. —¿Quiénes son los dos mozos que por poco me hacen medir el suelo al extremo del puente? —Los mismos que há poco rato estaban conmigo. —¿Qué hay de nuevo? sepamos. —Bueno y malo; pero más que malo, bueno. —¿Es para esta noche? —Todavía no; se ha diferido el golpe. —Frustrado, queréis decir, ¡torpe!

Sonrióse Courtin y dijo:

—Cierto, desde ayer corro con desgracia; mas ¡qué diantre! caminemos y no corramos, que quien menos corre vuela, y por más infructuosos que en cuanto al resultado inmediato hayan sido mis pasos de hoy, valen á lo menos veinte mil libras. —¿Estáis seguro de lo que decís? —Sí, y la prueba es que ya tengo algo. —¿Qué? —Esto, dijo Courtin enseñando la esquila que había abierto y leído. —¿Una esquila? —Sí. —¿Y qué dice? preguntó el de la manta alargando el brazo para apoderarse del escrito. —Nó, la leeremos juntos, que la debo guardar yo para llevarla á su destino. —Veamos, dijo el hombre.

Acercáronse ambos al farol y leyeron:

«Servíos, pasar á mi lado cuanto antes. Ya sabéis las señas.

»Vuestro afectísimo.

»PETIT-PIERRE.»

—¿A quién va dirigida esta carta? —A la señorita Berta de Souday. —No veo su nombre en el sobre ni al pie de la esquila. —Porque una esquila puede perderse. —Tenéis razón. ¿Sois vos quien está encargado de entregarla? —Sí.

El hombre volvió á mirar el escrito, y dijo:

—Es su misma letra. —¡Ah! si me hubieseis permitido acompañaros, á estas horas la tendríamos. —¿Qué os importa, con tal que os la entreguen! —Sí, tenéis razón. ¿Cuándo os veré? —Pasado mañana. —¿Aquí ó en el campo? —En San Filiberto de Grandlieu, que está á la mitad del camino de Nantes y de mi casa. —¿Y esa vez nada me impedirá obrar como quiera? —Os lo prometo. —Procurad sostener vuestra palabra; yo sé cumplir la mía, y aquí tenéis el dinero que no os hará esperar.

Y diciendo eso abrió el hombre su cartera y mostró al colono un legajo de billetes de banco cuyo valor subiría á unos cien mil francos.

—¡Ah! dijo éste, ¡papell!—Papel, sí, pero con la firma de Garat, que es muy buena.—No importa, replicó Courtin, más me agrada el oro.—Bien, os pagaré en oro, dijo el otro metiéndose la cartera en el bolsillo y terciándose la manta al hombro.

Si los dos interlocutores no hubiesen estado tan embebecidos en su conversación, habrían visto que desde hacía dos ó tres minutos les estaba escuchando un aldeano que con el auxilio de una carreta se había encaramado á la pared, y miraba los billetes con un aire que significaba que en lugar de Courtin no estaría tan disgustado como él y se contentaría con la firma de Garat.

—Con que hasta pasado mañana en San Filiberto, repitió el de la manta.—Hasta pasado mañana.—¿A qué hora?—Al anochecer.—Fijemos las siete; el que llegue primero esperará al otro.—¿Y traeréis el dinero?—No, el oro.—¡Ah! sí.—¿Creéis que pasado mañana habremos logrado nuestro intento?—¡Toma! siempre es bueno creer, que nada cuesta.—Pasado mañana en San Filiberto, dijo el aldeano saltando de la pared á la calle. No faltará.

Y con sardónica sonrisa añadió:

—Ya que estoy marcado, debo ganar la marca.

## XXXII

DONDE EL MARQUÉS DE SOUDAY TIENDE LA RED Y PESCA Á PICAUT

Habiendo Berta salido de la Logerie al propio tiempo que Michel, á las dos horas de camino estuvo al lado de su padre, á quien encontró extraordinariamente abatido y fastidiado

de la solitaria vida que llevaba en la madriguera que maese Jaime había dispuesto para su uso personal.

Lo mismo que Michel, si bien por un sentimiento puramente caballeresco, nunca se hubiera decidido el marqués de Souday á salir de la Vendée mientras Petit-Pierre corría en ella algún peligro; mas habiéndole Berta participado la marcha probable del jefe de su partido, el hidalgo vendeano se aventuró sin entusiasmo á seguir el consejo del general, de ir á vivir por tercera vez en el extranjero.

Salieron pues de la selva de Touvain, y maese Jaime, cuya mano estaba casi curada aunque con dos dedos menos, quiso acompañarles hasta la costa para favorecer el embarque.

Seguían los tres viajeros el camino de Machecul, y á eso de media noche halláronse en una altura que dominaba el valle de Souday.

Al ver las cuatro veletas de su castillejo, en las que rielaba la luna en medio de la verde alfombra que lo rodeaba, el marqués no pudo reprimir un suspiro.

Oyólo Berta, y acercándose preguntóle:

—¿Qué tenéis, padre? ¿en qué pensáis?—En muchas cosas, hija, respondió el marqués moviendo la cabeza.—No os entristezcáis, padre; todavía sois joven y robusto, y volveréis á ver vuestra casa.—Sí, dijo el marqués suspirando; pero...

Y anudósele la voz en la garganta.

—Pero ¿qué? preguntó Berta.—No veré más á mi pobre Juan Oullier.—¡Ay! exclamó la doncella.—¡Oh casa! ¡oh casa! dijo el marqués ¡pobre casa! ¡cuán vacía me parecerás!

Aunque los ojos del marqués expresasen aun más egoísmo que cariño á su servidor, si el pobre Oullier hubiese oído ese lamento de su amo, habríase conmovido hondamente.

—Por más que digan, prosiguió Berta, no puedo creer que nuestro infeliz amigo haya muerto; algunas veces le lloro, es verdad, pero pareceme que si realmente hubiese muerto le llorara más, y siempre me engaja las lágrimas una secreta esperanza que no acierto á explicarme.—Es raro, dijo maese Jaime; yo también pienso lo mismo que la señorita. No, Juan Oullier no ha muerto, y tengo más que presunciones, pues ví el cadáver que decían ser el suyo, y no lo conocí.—Pues ¿qué habrá sido de él? preguntó el marqués.—No lo sé, á fe mía, respondió Jaime; pero cada día espero tener noticias tuyas.